

58
+ **Fr. Hugolino Cerasuolo S., OFM.,**

OBISPO DE LOJA

CARTA PASTORAL

IV CENTENARIO DEL CULTO
A NTRA. MADRE Y REINA DE
EL CISNE

AÑO EUCARISTICO DIOCESANO

1.994 - 1.995

LOJA, ABRIL 4 DE 1995.

CARTA PASTORAL

IV CENTENARIO DEL CULTO A NUESTRA MADRE Y REINA DE EL CISNE.

1.994 AÑO EUCARISTICO DIOCESANO 1.995

Fr. Hugolino Cerasuolo Stacey, OFM.,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA
SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE LOJA.

- Al Ilmo. Mons. Angel Rogelio Loaiza, Protonotario Apostólico y Vicario General,
- Al Ilmo. Mons. Luis Fernando Bravo, Deán del Cabildo Catedralicio,
- A Los Ilmos. y Rdmos. Sres. Canónigos del Cabildo Catedralicio,
- A los Sres. Vicarios de las diversas áreas pastorales y de las Vicarías Foráneas,
- A los venerados Sres. Sacerdotes Diocesanos y Religiosos,
- A los Religiosos y Religiosas,
- A los Ministros Laicos y Catequistas,
- A los Movimientos Apostólicos Laicales,
- A todos nuestros fieles,

P A Z Y B I E N

I.- INTRODUCCION.

Hermanos:

1.1.- Nuestra Diócesis nació acunada en los brazos de la Madre de Dios. No en vano los fundadores la denominaron: "Ciudad de la Inmaculada Concepción", "Ciudad de María". Loja, desde sus primeros vagidos, aprendió a cantar a la Sma. Virgen y a recitar con ternura el Avemaría. Durante toda su historia, ha estado tan presente en esta tierra nuestra, que bien podemos exclamar: **ELLA LO HA HECHO TODO ENTRE NOSOTROS.**

1.2.- Aunque hay quienes discuten todavía sobre el año en que dio comienzo el culto a nuestra Madre y Reina de EL CISNE, nosotros -siguiendo la tradición que celebró las efemérides de los trescientos y trescientos cincuenta años, de cuyas conmemoraciones tenemos memoria- festejamos el año pasado el **IV CENTENARIO DE SU CULTO**. No contentos con esto, prolongamos el año jubilar hasta el 31 de octubre de 1.995, con el propósito de que las celebraciones en honor de la Sma. Virgen desembocaran en el bienamado Jesús, especialmente en la renovación de la doctrina y la fe, del culto y las organizaciones que tienen como centro a la divina Eucaristía.

1.3.- Mientras programábamos los diversos actos del **IV CENTENARIO**, nunca perdimos de vista esa meta, porque considerábamos que habría sido un fracaso para nuestra pastoral si todas las solemnes celebraciones en honor de la Sma. Virgen terminaban en la misma Virgen María. Siempre tuvimos muy claro el principio fundamental de toda Mariología: **A JESÚS POR MARIA!**

1.4.- La raíz, el centro y la meta de toda nuestra fe y de todo el culto católico es el bienamado Señor Jesús. El es el Dios con nosotros (Mt.1,23b), el Hijo de Dios que nos eleva a hijos de Dios (Gál.4,4-5.7). El nos hace capaces de llegar a conocer lo inconocible. Sin él somos incapaces de acoger la salvación. Sin El no tenemos vida verdadera (Jn.10,10). Pues bien, El es el Hijo de María. Porque ella es su madre, venimos a ser con El, hermanos por naturaleza; por María nosotros le dimos algo de lo nuestro a quien nos dio todo el ser. Por el "sí" de María, Dios hizo realidad la maravillosa obra de nuestra salvación.

1.5.- Nosotros, los que amamos a María, sabemos que con ella nos es más fácil el encuentro con Jesús. Por lo mismo, todo lo que hacemos en honor de la siempre Virgen María lo queremos realizar para adorar, venerar y honrar a su Hijo Jesús, nuestro hermano y nuestro salvador. Con la siempre Virgen María, queremos encontrar a Jesús en la Palabra, en la comunidad, en los pobres, especialmente en la Eucaristía. Teniendo esto en cuenta, se puede entender que hayamos escogido como símbolo del **I CONGRESO EUCARISTICO DIOCESANO** una joya de la pintura lojana, que se encuentra en el Monasterio de las Madres Concepcionistas Franciscanas: **LA VIRGEN EUCARISTICA**. La Madre de Dios adora en una custodia que sostiene en sus manos, a aquel a quien llevó en su seno, y a quien le dió su carne y su existencia humana.

1.6.- Demos el paso, por lo tanto, llevados de la mano de nuestra Madre y Reina, para llegar a tener un encuentro más profundo con nuestro amado y adorado Señor Jesús, en el misterio de la **SANTÍSIMA EUCARISTÍA**.

II.- ANTECEDENTES.

2.1.- ¿Cómo fue en otro tiempo el culto a la Sma. Eucaristía, en nuestra Diócesis?

2.2.- Todos los fieles de avanzada edad, clérigos y laicos, comentan que fue siempre un timbre de honor de la Iglesia de Loja, su acendrada devoción al Smo. Sacramento. En otro tiempo, fueron extraordinarias las expresiones de fe de los primeros viernes, de los domingos de renovación, de las asociaciones eucarísticas, como de las ADORATRICES y de muchas otras más.

2.3.- Cuentan que en otro tiempo el culto al Señor Sacramentado era tal que el jueves anterior al primer viernes, los párrocos y los sacerdotes de las comunidades religiosas se pasaban en el confesonario todo el día y toda la noche, y sólo se levantaban para ir a celebrar la santa misa del primer viernes, en la que comulgaban casi todos los fieles de la parroquia. Era tan importante este día, que un sacerdote muy querido en Loja, recientemente nombrado párroco en una de las parroquias que hasta mediados de este siglo fuera de Loja y que ahora pertenece a la Diócesis de Machala, tuvo que venir a la ciudad episcopal para realizar algunas gestiones impostergables; teniendo que volver a su parroquia a fin de celebrar el primer viernes, se subió en un camión de carga que, en una de las innumerables curvas de la carretera, se salió de la vía y fue a caer a la quebrada, donde fue encontrado muerto. Aunque muerto, llegó a cumplir el deber de estar en su parroquia el primer viernes, para compartir su fe con los suyos, y para mostrar materialmente la enseñanza de Jesús: "Nadie ama más a su amigo que el que da la vida por su amigo" (Jn.15,13).

2.4.- Los primeros domingos eran celebrados con grande pompa y devoción; Se los conocía como domingos de renovación, en los que después de la misa principal del pueblo se exponía el Santísimo Sacramento en la sagrada custodia (que generalmente era un objeto precioso, de plata, oro y pedrería) hasta bien entrada la tarde, casi la noche; entonces se hacía un acto piadoso y se daba finalmente la bendición. Era de verdad un día de renovación espiritual.

2.5.- Era un timbre de honor la pertenencia a la Cofradía de las ADORATRICES. Sólo las personas más importantes, sólo las más ejemplares, eran recibidas como socias de la Cofradía. Ellas eran la guardia de honor del Señor Sacramentado, puesto que se distribuían en turnos para acompañarlo y cuidarlo con su adoración silenciosa, frecuentemente de rodillas, mientras recitaban hermosísimas y hasta centenarias oraciones, seguidas por cantos de una ternura inefable.

2.6.- Los fieles tomaban parte en diversas asociaciones piadosas, que solían distinguirse por sus cintas de variados colores y sus hermosas medallas; los niños y los jóvenes pertenecían a la cruzada eucarística, en la que recibían una formación cristiana y social que los marcaba para toda la vida.

2.7.- Para participar en la misa dominical, los fieles llegaban hasta la iglesia parroquial dejando cualquier ocupación y, en muchos casos, teniendo que hacer una caminata de cuatro o seis horas de ida y otro tanto de regreso. De ahí que los domingos eran los días de feria en casi todos nuestros pueblos, porque la gente salía a la misa, después de la cual vendía sus productos y hacía sus compras para la semana.

2.8.- ¿Cuál es la situación actual del culto a la Sma. Eucaristía?

2.9.- Los primeros viernes han perdido su vigencia y esplendor. Qué pocas son las personas que comulgan con esta oportunidad. Los sacerdotes ya no van al confesonario ni jueves anterior ni el primer viernes, para atender a los fieles.

2.10.- Los grupos de adoratrices son cada vez más pequeños; las nuevas generaciones no entienden el valor de comprometerse para cuidar del Santísimo Sacramento.

2.11.- Son muy pocas las parroquias donde aún se conserva la práctica piadosa del domingo de renovación. Más aún, ha disminuído notablemente el número de las personas que participan en la santa misa dominical, la mayoría de las cuales no siente la necesidad de comulgar para que su participación en el santo sacrificio eucarístico sea más plena.

2.12.- Es cierto que ahora hay más personas que comulgan los domingos y hasta los días ordinarios; pero, con tristeza tengo que reconocer que hay muchas personas que comulgan sin la debida preparación. Hay divorciados que se han vuelto a casar -por lo civil- que, no obstante esta triste situación, se atreven a comulgar en contra de las disposiciones de la Iglesia. Con inmenso dolor tengo que confesar que en este asunto mucha culpa la tenemos los sacerdotes que no siempre nos prestamos a oír las confesiones de los fieles, ni tenemos horarios para este sacramento.

2.13.- Los fieles ya no tienen ese respeto que animó la fe de nuestros antepasados, al Smo. Sacramento: en la iglesia se conversa, se ríe, hasta se hacen cosas indebidamente a la majestad del templo; los niños corretean, comen, chupan helados o caramelos o chiclets, como si estuvieran en un coliseo. Al pasar delante del Smo.

Sacramento muchos ya no saben que hay que hacer la genuflexión. No se arrodillan para la consagración y la elevación. Van a comulgar con gestos que parecerían de desprecio, no sé si al Smo. Sacramento o si al sacerdote o si a los fieles. Casi ha desaparecido la costumbre de santiguarse al pasar por delante de una iglesia, como hermosa expresión de fe, que con el signo de la santa cruz quieren saludar al Señor Sacramentado.

2.14.- Hay muchos católicos que tienen un conocimiento deficiente, a veces hasta erróneo, de la Eucaristía. No tienen ideas claras de lo que es el sacramento y el santo sacrificio. Se piensa que la Eucaristía, la santa misa, es un recuerdo del Señor, de lo que él hizo en la última Cena. De allí que haya muchas personas que han dejado de participar en la misa dominical. Hay quienes dicen que van a la misa sólo cuando sienten ganas o cuando no tienen nada que hacer. La gran mayoría hace una separación radical entre la Eucaristía y la vida cotidiana, pues consideran que son realidades que nada tienen que ver la una con la otra.

2.15.- Hay muchos fieles a quienes ni llega la visita de la Iglesia ni reciben el santo viático. Los sacerdotes no alcanzan a atender a todos los fieles en su enfermedad; pero, lo más triste es que no se valen de los laicos, de los ministros laicos, para llegar a todos los fieles.

2.16.- La gran mayoría de los fieles que viven fuera del centro parroquial, no santifican el domingo, como día del Señor. Es cierto que la mayor parte de ellos deja de trabajar, pero no es menos cierto que durante ese día no saben qué hacer; a casi nadie se le ocurre que si no puede participar en la misa, no por eso está dispensado del deber de santificar el día del Señor. No se hacen celebraciones de la palabra para dedicarse a la alabanza a Dios.

2.17.- ¿Qué hacer frente a este cuadro deprimente?

Reaccionar en busca de que volvamos a recibir una adecuada catequesis, con el propósito de llegar a un verdadero y hondo conocimiento, devoción, culto y servicio al Señor en el gran sacramento.

2.18.- Con este fin fue promulgado el AÑO EUCARISTICO DE NUESTRA DIOCESIS, dentro del cual celebraremos el I CONGRESO EUCARISTICO DIOCESANO DE LOJA, del 11 al 15 de junio de 1995.

2.19.- Valga esta oportunidad para recordar algo de la doctrina sobre la eucaristía: el gran sacramento y el sacrificio de la Nueva Alianza.

III.- DEFINICION, TEXTOS BIBLICOS Y DE LA TRADICION.-

3.1.- DEFINICION: La Eucaristía es el sacramento en el cual, bajo las especies de pan y vino, se halla Cristo verdaderamente presente, con su cuerpo y su sangre, a fin de ofrecerse de manera incruenta al Padre celestial y darse como manjar espiritual a los fieles. (Ludwig Ott. Manual de Teología Dogmática. 1969. Pg. 551)

3.2.- El Papa Paulo VI, hablando de la Eucaristía, dice que Jesucristo se halla bajo las especies sacramentales tan realmente presente como se encuentra en este momento a la derecha del Padre.

3.3.- Siguiendo la misma idea, bien podemos decir que nuestros altares, nuestros tabernáculos son pedacitos de cielo en la tierra, en los cuales podemos tratar con Jesús con la misma cercanía como lo haremos en el cielo.

IV.- PROMESA DE LA EUCARISTÍA.

4.1.- El bienamado Jesús, en una de las grandes pruebas de su amor a los hombres, sus hermanos, dentro del plan de salvación, promete darnos su cuerpo como comida y su sangre como bebida, para la salvación del mundo. Cumple esa promesa en la Última Cena (Jn.6,51 y ss. Mt.26,26-29).

4.2.- En el Cap. VI de San Juan, luego de la multiplicación de los panes con la que prepara lo que habría de decir al siguiente día, y luego de andar sobre el mar, inicia el discurso en la sinagoga de Cafarnaúm en el que les echa en cara a los judíos su poca fe y su deseo de ver cosas maravillosas. A partir del v.35 Jesús hace unas afirmaciones y una promesa que sólo pueden ser tomadas en su justo sentido y aceptadas en toda su verdad por la fe:

- "Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed". (v.35)
- "Yo soy el pan de la vida". (48)
- "Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron". (49);
- "Este es el pan que baja del cielo, para que lo coman y no mueran". (50).
- "Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne para la vida del mundo". (51).
- "En verdad en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros". (53).
- "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día". (54).

- "Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida". (55).
- "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él". (56)
- "...El que me coma vivirá por mí". (57).
- "Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre". (58).

4.3.- No hago ninguna exégesis sobre estos textos, porque con fe sencilla podemos entender lo que el Señor nos promete dar, aunque nunca lograremos entender cómo nos lo da. Solamente les hago notar cómo ante la reacción de los judíos que abandonan a Jesús, porque no pueden comprender semejante lenguaje con el que les ofrece dar su cuerpo, su carne como comida y su sangre como bebida, el Señor ni los detiene ni intenta explicarles nada. Simplemente les deja ir con sus ideas: no están aptos para recibir el don de Dios.

4.4.- Es clarísimo el lenguaje de Jesús con el que promete darse como comida. No hace falta ser teólogo para entender que se trata de un misterio pero a la vez de un maravilloso don: el don de sí mismo para estar junto a los que ama su corazón.

V.- INSTITUCION DE LA EUCARISTIA.

5.1.- El Señor cumple su promesa, e instituye la Sma. Eucaristía en la última Cena, en medio de un ambiente de grande tensión (1Cor.11,23; Jn.13,1). Todos sienten que algo grande va a suceder. Hay una sensación y unas palabras que hablan de despedida.

5.2.- Es muy importante constatar que son cuatro libros diversos de la Biblia los que hablan de la Institución de la Eucaristía. Entre ellos hay diferencias más o menos importantes, pero también ciertas similitudes; entre éstas hay que destacar la unidad que existe entre Mateo y Marcos por un lado, y, por otro, entre Lucas y Pablo en la 1a. Carta a los Corintios.

5.3.- Lo podemos observar:

Mt. 26,26-28

"Mientras estaban comiendo,
tomo Jesús pan,
y, pronunciada la bendición,
lo partió
y, dándoselo a los discípulos,
dijo:
<Tomad, comed,
esto es mi cuerpo>.
tomó luego un caliz
y, dada las gracias
se lo dió,

diciendo :

<Bebed de el todos,
porque esto es mi sangre
de la Alianza,
la derramada por muchos
para remisión de los pecados.

Lc. 22,19-20

Y tomó pan,
dió gracias,
lo partió
y se lo dió, diciendo:
<Esto es mi cuerpo

Mc. 14,22-24

Mientras estaban comiendo,
tomó pan
y, pronunciada la bendición,
lo partió,
se lo dió,
y dijo:
<Tomad,
esto es mi cuerpo>.
Tomó luego un caliz
y, dada las gracias
se lo dió,
y bebieron todos de él.
Y les dijo:

<Esto es mi sangre
de la Alianza,
la derramada por muchos>

1Cor. 11,23-25

Porque yo recibí del Señor
lo que os he transmitido:
que el Señor Jesús, la noche
en que fue entregado
tomó pan
y, después de dar gracias,
lo partió
y dijo :
<Esto es mi cuerpo,

que se entrega por vosotros;
haced esto en memoria mía>

De igual modo,
después de cenar, el Cáliz,
diciendo:
<Este Cáliz es
la Nueva Alianza en mi sangre
que se derrama por vosotros>.

que se da por vosotros;
haced esto en memoria mía>

Asimismo también
el Cáliz después de cenar,
diciendo:
<Este Cáliz es
la Nueva Alianza en mi sangre

Cuantas veces lo bebiereis
hacedlo en memoria mía>.

5.4.- Cómo entender estas perícopas del Nuevo Testamento? No es posible de otra manera que en la forma natural como suenan las palabras: así nos lo enseña la santa madre Iglesia. No existe ningún simbolismo, no hay una figura literaria que nos sugiera que se trata de una simple forma de recordar a Jesús. El valor de las palabras es tal, que sabemos que Jesús nos dio efectivamente su cuerpo y su sangre mientras bendijo y repartió entre los discípulos el pan y el cáliz con vino. En ninguna otra parte de la Biblia se significa el cuerpo o la sangre con pan y vino. En sentido metafórico, las expresiones "comer la carne" o "beber la sangre" significa matar a una persona. Y no es esto lo que se quiere significar en este caso.

5.5.- Podemos concluir con todo derecho que el Señor con los signos de pan y vino nos quiso dar y nos dio efectivamente su cuerpo, su sangre, su divinidad, su persona, como alimento espiritual.

5.6.- Para llegar a esta afirmación tomamos en cuenta la conclusión a que llega San Pablo, respecto a la eucaristía: "Por tanto, quien

coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma entonces el pan y beba el cáliz. Pues, quien come y bebe sin discernir el Cuerpo (del Señor), come y bebe su propio castigo" (condenación). (1 Cor. 11, 27-29). El mismo apóstol afirma: "El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? (1 Cor. 10,16

VI.- TESTIMONIOS DE SANTOS PADRES DEL SIGLO II.

6.1.- Para quienes creemos, adoramos y recibimos la Santísima Eucaristía, es una verdadera dicha pensar que los cristianos, desde los primeros días de la Iglesia, siempre creyeron en el Santísimo Sacramento en la misma forma y con las mismas características que lo hacemos nosotros. No es, pues, esta doctrina inventada ni por algún Papa o por un Concilio. Esta fue la manera de creer de los cristianos desde los primeros días de la Iglesia. Esta es una tradición recibida del Señor.

6.2.- Aquí transcribo tres testimonios del siglo II:

6.2.1.- SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, muerto hacia el año 107; nos habla así de los "docetas" (una secta de los primeros tiempos, que bien podríamos compararla a cualquiera de las sectas modernas, como los "Testigos de Jehová" o como los "evangélicos"):

<Se mantienen alejados de la eucaristía y de la oración porque no quieren confesar que la eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo, carne que sufrió por nuestros pecados y fue resucitada por la benignidad del Padre".

6.2.2.- SAN JUSTINO MARTIR, muerto hacia el año 165, dice así de la Eucaristía: <No recibimos estos manjares como si fueran pan ordinario y bebida ordinaria, sino que, así como Jesucristo Salvador nuestro se hizo carne por la Palabra de Dios, y tomó carne y sangre para salvarnos, así también nos han enseñado que el manjar convertido en Eucaristía por las palabras de una oración procedente de El (de Jesús) -manjar con el que son alimentadas nuestra carne y nuestra sangre al modo de una transmutación- es la carne y la sangre de aquel Jesús que se encarnó por nosotros>. (I Apología, 66,2). San Justino revela las palabras de la consagración "que han transmitido los Apóstoles en las memorias escritas por ellos y que reciben el nombre de Evangelios>.

6.2.3.- SAN IRENEO DE LYON. Aunque muerto en el año 202; su presencia ilumina a la Iglesia durante el siglo II. <El pan sobre el cual se hace la acción de gracias es el cuerpo del Señor; el cáliz es el cáliz de su sangre>. <Cristo declaró que aquel cáliz procedente de la creación era su propia sangre que él infunde en nuestra sangre; y aseguró que aquel pan procedente de la creación era su propio cuerpo, con el cual él robustece nuestros cuerpos>. <Nuestra carne se alimenta con el cuerpo y la sangre del Señor, y se convierte entonces en miembro de Cristo>. <Se hace capaz de recibir el don de Dios, que consiste en la vida eterna>. <¿Cómo podrán afirmar [los gnósticos] que la carne sufrirá la destrucción y no tendrá participación en la vida, si esa carne se alimenta del cuerpo y de la sangre del Señor?>. (Cfr. Ludwig Ott. Op.c.).

6.3.- Qué dicha invade nuestro ser cuando nos sentimos unidos en la comunión con el Cuerpo y la Sangre del Señor, con aquellos cristianos formidables que no dudaron en dar su vida por el Señor, pues habían recibido la fe de labios de los mismos apóstoles de Jesús, y habían disfrutado del manjar de los ángeles de sus mismas

manos: ellos creyeron y se alimentaron con el cuerpo y la sangre de Jesús, exactamente igual que lo hacemos nosotros.

7.- LA EUCARISTÍA: SACRIFICIO Y SACRAMENTO.

7.1.- La Eucaristía es la cima de la vida litúrgica de la Iglesia, según enseña el Concilio Vaticano II. La vida cristiana que comienza con el Bautismo, necesita llegar a su plenitud para que se dé la plena y total inserción del cristiano en Cristo. Esta totalidad se da en el Sacramento de la Eucaristía.

7.2.- La Eucaristía encierra varios aspectos fundamentales: La Misa, la reserva del Santísimo Sacramento en las iglesias y capillas y la comunión llevada a los enfermos y como Viático.

7.3.- La Eucaristía es el Sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor en su misterio pascual extendido a todos los lugares y a todos los tipos.

7.4.- La santa Misa, se puede decir, es la alegre celebración de la presencia real del Señor resucitado, entre nosotros. Aunque repetida innumerables veces, siempre es nueva. Actualiza el sacrificio amoroso del Maestro por los suyos y reúne a los cristianos dispersos de todos los lugares al rededor de la cena de Jueves Santo. Estos aspectos son inseparables en la Eucaristía: Es la renovación de Cristo en lo alto de la cruz, cuando reconcilió a los hombres con el Padre. Una vez realizada la Eucaristía, Cristo permanece mientras perduren las especies de pan y de vino. Siendo así, a más de alimento, es también objeto de culto.

7.5.- La Pascua completa del Señor se extiende desde el principio de los tiempos hasta la venida final y definitiva (Mt. 24,3). "El es el primogénito de toda la creación. En El fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra, las visibles y las invisibles... y todo tiene en El su consistencia. Pues Dios quiso hacer residir en El y reconciliar por El todas las cosas" (Col. 1, 15-20). A través de la persona del Verbo todo ha sido hecho y todo se sigue haciendo "y sin ella no se hizo nada de cuanto existe" (Jn. 1,3). Es más, toda la creación va convergiendo hacia la persona de Cristo resucitado como hacia un punto Omega. Todo existe a través de El, con El y por El.

7.6.- Este misterio que abarca la totalidad de la existencia creada, se ve sacramentalizada de manera singularísima en la doble consagración de la misa: "Esto es mi Cuerpo... Esto es mi Sangre".

7.8.- Dos de los aspectos más sugestivos del misterio de Cristo están compendiados en el simple gesto de la consagración del Pan y del Vino. En virtud de la primera consagración de la misa, Jesucristo viene. Viene del Padre a este lugar concreto, en este momento de la historia. En virtud de la segunda consagración, Jesucristo va. Vuelve simbólicamente al Padre en plenitud de amor y en total sumisión a su voluntad.

7.9.- El simbolismo de esta venida y regreso se hace claramente patente, dentro del planteamiento propio de la antropología semítica sobre la vida y la muerte. Aunque parece que en la última cena Jesús habló en arameo, sin embargo, para sus expresiones eucarísticas se atuvo a la mentalidad hebrea. Para los judíos de su tiempo, la persona humana era un todo integrado. Esa misma persona podía ser considerada desde varios puntos de vista:

a) Estaba la perspectiva de "basar", que se fijaba en el aspecto físico y exterior del ser humano: el cuerpo.

b) Estaba la otra perspectiva "nephesh", que se refería al aspecto espiritual e interior: el alma. Y

c) todavía existía otra perspectiva: la "hayyim": la persona viviente.

Este "hayyim" tenía su asiento en la sangre. Y ¿qué es lo que ocurría en la muerte? La vida, residendo en la sangre se separaba del cuerpo ("basar") y del alma ("nephesh"), yendo después estos últimos al sepulcro.

7.10.- En la consagración del Pan, Jesús, aplicándose a sí mismo el lenguaje de los sacrificios, transforma la sustancia del pan en sí mismo: "Esto es mi Cuerpo". Es decir, esto es mi ser, esto soy yo. Cristo viene misteriosamente del Padre y se hace sacramentalmente presente en un lugar determinado y en un momento concreto bajo las apariencias de pan.

7.11.- La expresión de Jesús "Haced esto en memoria mía" (Lc. 22,19; 1 Cor. 11, 24-25) contiene un enorme significado. El verbo hebreo que está dando fuerza a las expresiones griegas de Lucas y Pablo es el verbo "Zakar", traducido normalmente por recordar, hacer memoria de, hacer un ofrecimiento conmemorativo.

7.12.- Nuestro recordar occidental es un transportarnos al pasado. "Zakar", término oriental, significa traer el pasado al presente. En el caso de la Eucaristía, el acontecimiento pascual de Jesús es "re-actuado" de manera simbólica y misteriosa, aquí y ahora.

7.13.- Así es como se lleva a cabo: Cristo, carismáticamente presente en el carisma presbiteral del celebrante, realiza sacramentalmente el acontecimiento de su presencia real en nuestros altares. En la Eucaristía no se conmemora simplemente la muerte y la resurrección de Jesús, sino que somos verdaderos participantes del acontecimiento que se celebra sacramentalmente.

7.14.- De ahí que la Eucaristía sea infinitamente más que "la Liturgia". Es cierto que la misa tiene lugar dentro de un contexto litúrgico concreto, sin embargo, la Eucaristía de por sí trasciende con mucho el contexto en el que se lleva a cabo.

7.15.- El celebrante no "dice" misa. La celebra. Es más, el celebrante la recibe, la acoge, ya que el mismo Cristo es quien celebra su misma eucaristía por medio del sacerdote. Cuando escuchamos las palabras: "Esto es mi Cuerpo", es Cristo quien habla y transforma. Es realmente su "basar". Es El mismo.

7.16.- La transformación del Pan en la Persona de Jesucristo simboliza nuestra transformación personal en imagen suya (2 Cor. 3,18). La transformación del Vino en Jesucristo simboliza nuestro morir y resucitar en El.

7.17.- El sacramento de Cristo se representa y actualiza en la Eucaristía, que es al mismo tiempo **MEMORIAL Y SACRAMENTO DEL SACRIFICIO DE CRISTO**. Se trata del mismo y único sacrificio de la cruz que ahora se hace presente y continúa en la Iglesia de modo sacramental.

7.18.- La Iglesia -Cuerpo de Cristo- participa de la ofrenda de la cabeza y es asociada a su acción sacerdotal; se ofrece ofreciendo con Cristo, se empeña contra todo inútil sacrificio al presentarse como sacrificio. En su intercesión y oblación, la Iglesia recoge y simboliza la ofrenda universal de la humanidad entera, sobre todo la de aquellos que más sufren, los pobres y los enfermos, los ancianos y niños abandonados, los injustamente perseguidos y ajusticiados, los hambrientos y sedientos. El altar sobre el que se celebra la Eucaristía es realmente el altar del mundo. Y la ofrenda que presentamos unida a la ofrenda de Cristo, es la ofrenda de la humanidad entera.

8.- LA SANTA MISA.

8.1.- Debemos tomar muy en cuenta ciertos aspectos importantísimos de la Sma. Eucaristía, especialmente en la celebración de la misa.

8.2.- Cuando se celebra la Santa Misa o Eucaristía, no somos nosotros los que la celebramos: es el mismo Jesús que se ofrece al Padre como víctima propiciatoria, como acción de gracias.

8.3.- La misa no es una simple forma de acordarnos de Jesús. El actúa tras el sacerdote celebrante, que sólo es un instrumento elegido por Dios para actualizar aquí y ahora el misterio del Cenáculo, del Calvario y de la resurrección. Cuando el Presidente de la Asamblea celebra la eucaristía y, por tanto, consagra el pan y el vino, Jesús actúa con infalible fidelidad, por lo cual el pan y el vino sólo son ya meras apariencias, puesto que en el altar y tras las apariencias de pan y vino está Jesús vivo, real, verdadero, con su cuerpo, sangre, alma y divinidad, con su persona completa, tal como está en el cielo, junto al Padre, pero en forma invisible para

nosotros, misteriosa, sacramental. Esta maravillosa realidad no la realiza el sacerdote sino el mismo Dios que así nos manifiesta su poder, pero lo hace valiéndose del hombre como su instrumento al que consagró para este oficio.

8.4.- El Concilio de Trento nos enseña que el mismo Jesús que se ofreció en la cruz es el que se ofrece en la misa, por medio del sacerdote. Reafirmando esta doctrina escribe San Agustín: "Pedro bautiza: es Cristo el que bautiza; Pablo bautiza: es Cristo el que bautiza". De aquí podemos concluir que la eficacia de la misa no depende del sacerdote, sino de la santidad de Dios que actúa con su poder y gracia. Esta doctrina tiene que alentarnos a mirar a nuestros sacerdotes con fe, mediante la cual descubriremos a Cristo a quien no vemos, en la persona del sacerdote a quien podemos ver.

8.5.- La misa nunca es un acto privado del sacerdote celebrante. En la misa es la Iglesia la que ofrece el sacrificio, da gracias, implora, pide perdón. La misa es un acto que tiene que ser atribuido al misterio de la "comunión de los santos". Nunca un acto de piedad privada. Por eso, no se puede aprobar el hecho de que ciertas personas recen el rosario o lean sus oraciones piadosas durante la misa o quieran que se les celebre la misa en sus casas sin un motivo verdaderamente razonable. Todos tienen que participar del sacrificio como miembros del CUERPO MÍSTICO DE CRISTO.

8.6.- La misa no es el pasatiempo de los devotos, sino la esencia de la vida cristiana. Mediante la misa entramos en comunicación con Dios y con la Iglesia. Los hijos de Dios tenemos la oportunidad de encontrarnos con nuestro Padre, por medio de Jesús, mediante la fuerza del Espíritu Santo. En cada misa Jesús realiza en nosotros su obra de salvación.

8.7.- Participa de la misa el fiel cristiano en tanto en cuanto se esfuerza en buscar una comunicación con Dios, una experiencia de Jesús, pero también en la medida del fervor a la hora de la comunión. El fiel que va a la misa, pero no comulga, ha participado en un banquete, pero no se ha servido los alimentos; ha estado, pero no ha participado. Quien tal cosa realiza, infiere un grande desprecio al Señor Jesús, que se ofrece a nosotros como alimento para que tengamos vida, y nosotros lo despreciamos como algo sin valor.

9.- FORMAS DE PRESENCIA DE JESUS.

9.1.- Por la fe sabemos que hay muchas maneras de cómo podemos encontrar a Jesús y gozarnos con su presencia bondadosa.

9.2.- Por el catecismo sabemos que Jesús, por ser Hijo de Dios, está presente "en el cielo, en la tierra y en toda parte y lugar". Es una presencia cósmica.

9.3.- Jesús está presente en el Papa, los Obispos, los sacerdotes y los diáconos, especialmente cuando celebran los sacramentos o interpretan la Palabra de Dios. Es una presencia Jerárquica.

9.4.- Jesús mismo dice: "Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos". (Mt. 18,20). Cuando se reúnen los fieles en la Iglesia, o la familia para orar, o las asociaciones piadosas para cumplir con su finalidad, allí está Jesús. Es su presencia comunitaria.

9.5.- Jesús dijo: "Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". (Mt. 28,20b). Es una presencia como más amplia, a pesar de los pecados de los fieles y de la misma Iglesia; es la presencia en los momentos de persecución y de sufrimientos

y problemas.

9.6.- Al hablarnos del juicio final, dice que todo cuanto hicimos con los pobres, los enfermos, los encarcelados, lo hicimos a Él (Mt.25,40). Es presencia en los que sufren.

9.7.- Hay una presencia de Jesús en los que están en gracia de Dios: "Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él...". (Jn. 14,23). Es la presencia por la gracia de Dios.

9.8.- Hay una presencia de Jesús muy viva y eficaz cuando leemos la Santa Biblia. Es la presencia en su Palabra.

9.9.- Pero, ninguna presencia de Jesús puede igualarse sobre la tierra como la presencia en el Santísimo Sacramento del Altar. Por la fe sabemos que hay dos presencias de Jesús en la totalidad de su ser: en el cielo y sobre el altar.

10.- LA PRESENCIA DE JESUS SOBRE EL ALTAR.

10.1.- No es una presencia "simbólica", como podría ser al ver el retrato de un ser querido; No es la presencia por la fuerza del recuerdo del Señor. Es VERDADERA, REAL Y SUSTANCIAL, como nos lo enseña el Concilio de Trento. La fe católica profesa que luego de las palabras que el sacerdote dice en la consagración sobre el pan y el vino, desaparecen las sustancias del pan y del vino y en su lugar está realmente presente Jesús, su persona, con todo lo que es Él: cuerpo, sangre, alma, divinidad. Es el mismo hijo de la siempre Virgen María. Es el mismo tal como está en el cielo. Es el mismo que quiso ser nuestro alimento para que podamos tener vida

eterna. El es el Pan de la vida (Jn.6,51).

10.2.- El Santísimo Sacramento del altar no es una cosa, sino una persona; cuando Ud.lo come, no come una cosa sino...una persona divina. De ahí que debemos tener para él las más delicadas expresiones de fe, de amor, de adoración,....

10.3.- Si esto es así, nosotros los que creemos en El, en su persona presente en nuestro altar, no podemos hacer otra cosa amarlo con intensidad, mostrándole con gestos exteriorres este amor: visitarlo con frecuencia; entrar a saludarlo en su tabernáculo; contarle todo lo nuestro, porque estamos ciertos que a Él sí le interesará; hablarle para moverle a compasión cuando le decimos que nos perdone porque hemos pecado. Cuando pasamos frente a la Iglesia, cómo no pensar en él, cómo no entrar a saludarlo; cómo no comulgarlo con frecuencia, diariamente, si esto es posible.

10.4.- No olvidemos, sin embargo, que para recibir al Señor debemos estar bien preparados; esto es, saber lo que se va a recibir, estar en gracia de Dios, o sea no haber cometido un pecado mortal desde la última confesión bien hecha. Tener gestos, expresiones exteriores que muestren nuestra fe y nuestra adoración al Señor.

10.5.- Cuando un fiel recibe la comunión sin estar bien preparado, "come y bebe su propia condenación", como no lo enseña San Pablo en 1a.Cor.11,29. A este pecado le solemos llamar "sacrilegio", porque es profanación de lo sagrado.

11.- SUGERENCIAS PRÁCTICAS.

11.1.- PROFUNDIZAR EN EL CONOCIMIENTO DE LA DOCTRINA EUCARISTICA: Para ello debemos adquirir diversas obras de divulgación o, según nuestra capacidad, obras teológicas profundas, de tal modo que mientras más ahondemos en esta ciencia, más se llene nuestro corazón de amor a Jesús.

11.2.- PARTICIPAR FRECUENTEMENTE EN ACTOS EUCARISTICOS.

Estemos al acecho de todo cuanto se programa en honor del Smo. Sacramento, a fin de participar en todo cuanto nos sea posible. Así nos contituiremos en testimonio fehaciente de fe, de amor y culto a nuestros Señor Sacramentado, ante nuestros hermanos.

11.3.- XL HORAS.

Participemos en los diversos programas de las XL HORAS (CUARENTA HORAS). Si nuestras ocupaciones nos lo permiten, acompañemos al Smo.Sacramento a todas las iglesias y capillas donde se realiza este tan fructuoso ejercicio de piedad eucarística.

11.4.- VISITAR AL SANTISIMO SACRAMENTO.

Si nuestro amado Jesús está vivo, real y verdadero en el Santísimo Sacramento, si nosotros creemos en él, ¿cómo pasar por delante de una Iglesia sin entrar a darle un saludo por corto que sea? Allí está el Señor, el Redentor, el juez, el amigo; sería muy ingrato de nuestra parte el ignorarle, porque significaría menosprecio y hasta horrible desprecio.

11.5.- SANTIGUARSE AL PASAR DELANTE DE LAS IGLESIAS.

Ruego a los sacerdotes y a los fieles para que alienten a sus comunidades a fin de que se imponga la costumbre de que cada vez que pasan por delante de una Iglesia, al menos se santigüen, en una expresión visible de fe. Es éste un gesto muy hermoso, que estimula la fe de quienes miran cómo los creyentes manifiestan su pública convicción; este gesto es una oración hecha en la calle, es un acto de pública adoración.

11.6.- COMULGAR DOMINICAL Y HASTA DIARIAMENTE.

11.6.a.- La verdadera expresión de fe y más profunda devoción al Santísimo Sacramento se manifiesta muy particularmente mediante la comunión frecuente, en lo posible dominical y hasta diaria. Si sabemos que en la Sagrada Comunión está el mismo Jesús; si sabemos que El se ha dado a nosotros como alimento espiritual, para que quien lo coma y beba pueda tener vida eterna; si conocemos que al comulgarlo hacen en nosotros su morada las tres divinas personas, ¿cómo vamos a dejar de hacerlo? ¿cómo lo vamos a hacer sólo de tarde en tarde, unas pocas veces en la vida?

11.6.b.- Corresponde a los sacerdotes instruir y alentar a los fieles para que comulguen con la mayor frecuencia posible. 11.6.c.- Corresponde también a los padres de familia que enseñen a sus hijos, con su palabra y su ejemplo, sobre el valor de la Eucaristía. La verdadera catequesis al respecto la imparten los padres de familia, la cual es lección que arrastra cuando se la enseña con el ejemplo.

11.7.- PREPARACIÓN PARA LA COMUNIÓN.

11.7.1.- Nuestros fieles todavía sufren las consecuencias de la malhadada herejía del jansenismo, que pretendía que no se podía recibir al Señor más de una o dos veces en la vida, porque nunca

se puede estar bien preparado para recibir al Señor. Esta afirmación que parecería tener visos de verdad, no se puede compaginar con el hecho de que Jesús nos dio su Cuerpo y su Sangre, a sabiendas de nuestra indignidad.

11.7.2.- Enséñese la doctrina del pecado, venial y mortal; las condiciones para cometer un pecado mortal que nos inhabilite para recibir la Sma. Eucaristía.

11.7.3.- Los sacerdotes deben impartir la enseñanza sobre el misterio del Pan de Vida. Continuamente deben recordar la doctrina al respecto para que ni se llegue a ofender al Señor con un sacrilegio ni se deje de comulgar cuando se está habilitado para hacerlo, con lo que se haría un desprecio al Señor.

11.7.4.- Los sacerdotes dedíquense personalmente a preparar a los niños para la Primera Comunión. De ninguna manera se descuiden de este deber, que no han de ceder ni a los catequistas ni a las religiosas, ya que esta es la oportunidad para que puedan volcar el caudal de su fe y su devoción a la Eucaristía en el alma de los niños y jóvenes, puesto que ellos serán los cristianos con los que la iglesia tendrá vigencia en la sociedad del futuro.

11.8.- MINISTERIO LAICAL DE LOS ENFERMOS CON CAPACIDAD PARA LLEVAR LA COMUNIÓN.

11.8.1.- Los enfermos se preparan para ir a la presencia de Dios y someterse a su juicio inapelable, por lo cual han de ser especialmente amados por los pastores. Cuando ellos nos requieran a nosotros, los pastores y ministros laicos, hemos de dejar toda otra ocupación para dedicarnos a atenderlos y, si es del caso, a encaminarlos al encuentro con Dios.

11.8.2.- Gracias a Dios, la Iglesia, como madre, ha previsto la posibilidad de que podamos ser ayudados por los Ministros Laicos en la atención a los enfermos. La experiencia es que estos ministros pueden dar una atención llena de amor y sacrificio. Mediante ellos, la Iglesia visita, alienta y fortalece a quienes sienten haberse debilitado sus fuerzas, mientras se les acerca el momento de presentarse ante el Señor.

11.8.3.- Grave deber de conciencia de los pastores es seleccionar y preparar con una profunda espiritualidad a los ministros de los enfermos. Tenemos que enseñarles a amar a ellos que son los más pobres de entre los pobres: por lo que los han de visitar y hacerles partícipes del don de la Palabra de Dios.

11.8.4.- De entre los ministros laicos de cada parroquia, los párrocos han de seleccionar a aquellos que ofrezcan garantía completa de fidelidad y respeto al gran Sacramento, para presentarlos ante el Obispo, a fin de que les conceda la gracia de llevar la Eucaristía a los enfermos; posteriormente, se les puede conferir el ministerio extraordinario de la Eucaristía. Por su parte, los Ministros que tengan tal facultad aprendan a repartir la sagrada Comunión a los enfermos, con tanta frecuencia como les sea posible, particularmente en favor de los que más lo necesiten. También pueden llevar el santo viático con solemnidad, particularmente donde no esté el P. Párroco.

11.9.- LA CAPILLA DEL SANTISIMO.

11.9.1.- La Capilla y el altar (si lo hay) de la Sagrada Reserva deben ser tenidos en la más alta estima por los sacerdotes y los fieles. No debemos dudar de poner allí toda la riqueza, todo el oro y la pedrería, todo el arte de que seamos capaces. Deseo sugerir que se tallen los retablos con exquisita elegancia, empleándose las

mejores maderas incorruptibles; mejor si esos retablos son dorados con pan de oro. Que no se diga que eso es un insulto a los pobres, que ese dinero debía ir a resolver los problemas de los pobres: eso ya lo dijo Judas cuando la mujer derramó en los pies de Jesús el más fino perfume de nardo. Que la Capilla del Santísimo sea la expresión de nuestro amor y fe transformada en tallado y recubierta de oro.

11.9.2.- Junto al tabernáculo o delante de él debe(n) mantenerse la(s) lámpara(s) del Santísimo Sacramento, que tiene(n) que ser de aceite, ya que este es el medio cómo nuestro pueblo reconoce la presencia del Señor Sacramentado.

11.9.3.- La Capilla del Santísimo debe adornarse con flores naturales, que expresan nuestra vida y nuestros sentimientos. Deben desterrarse las flores y los manteles plásticos, por antilitúrgicos. Todo aquello que destinamos a adornar el altar y el tabernáculo debe tener el sentido de lo perecible, porque la mejor imagen de nuestra vida que se consume para la gloria de Dios.

11.9.4.- Donde sea posible, arréglese una capilla del Santísimo tal que, estando junto o cerca al altar central del templo (de modo que sea fácil para el ministro llevar las hostias consagradas para distribuir las a la hora de la comunión), tenga una puerta hacia la calle, a fin de que pueda estar abierta la capilla durante todo el día, para la pública adoración de los fieles. En este caso, sepárase el sector del altar o retablo del que ocupan los fieles, mediante una reja fuerte. Así se evitarán las profanaciones y robos que tanto lastiman nuestra fe y que son cada vez más frecuentes en nuestra sociedad que va perdiendo el respeto a Dios.

11.10.- ORNAMENTOS SAGRADOS.

11.10.1.- Ningún sacerdote puede celebrar la santa misa y las demás funciones sagradas sin estar revestido por los respectivos ornamentos.

11.10.2.- Los ornamentos deben ser de lo más elegantes que podamos; en todo caso, muy limpios y perfectamente mantenidos.

11.10.3.- Los fieles deberían tener a mucho orgullo y como una bendición de Dios, el trabajo de la limpieza de los ornamentos y demás manteles que se usan en la Iglesia; las adoratrices deberían tomar para sí el empeño de preparar purificadores, corporales, manutergios, manteles, para donarlos a la Iglesia propia o a aquellas donde se viere descuido o pobreza en este aspecto.

11.11.- POSICIONES CORPORALES.

11.11.1.- Se deben respetar las posiciones corporales ordenadas por la Liturgia, pensando siempre que estos gestos y otros detalles, por pequeños que parezcan, contribuyen a la grandiosidad de la celebración, a la vez que tienen un significado litúrgico.

11.11.2.- De pie (cuando se quiere expresar la fe): al inicio de la santa misa, durante el acto penitencial, mientras se lee el Santo Evangelio y se hacen las preces de los fieles, durante el prefacio, después de la elevación hasta después de la comunión, durante la oración después de la comunión y la bendición.

11.11.3.- De rodillas (signo de adoración, del reconocimiento humilde de la grandeza de Dios): Durante la consagración y elevación, después de recibir la sagrada comunión.

11.11.3.a. Hay quienes han hecho campaña para que nadie se arrodille durante este importantísimo momento del santo sacrificio de la misa; pero, eso lo dicen contradiciendo la orden expresa de las normas litúrgicas que se encuentran al inicio del misal. Por otro lado, si en otros lugares el signo de adoración se expresa de pie, también es cierto que para nuestra cultura la forma de expresar la adoración se expresa poniéndose de rodillas. Prohibo que en adelante, en esta Diócesis, ni los sacerdotes ni los religiosos enseñen a los fieles a que permanezcan de pie durante la consagración y elevación. Todo lo contrario: enseñen a los fieles a expresar la adoración con el gesto de arrodillarse. Prevengase a los fieles que quien se avergüence del Señor ante los hombres, Jesús se avergonzará de ellos ante el Padre Celestial.

11.11.3.b.- En algunas iglesias y capillas públicas y privadas han sido quitadas de las bancas las tablas que sirven de reclinatorio. Hasta en algunas capillas no existe ningún mueble para arrodillarse. De esa manera como que se ha justificado el hecho triste de que los fieles pierdan la costumbre de arrodillarse ante el Señor ya durante la Consagración ya en otros momentos de adoración privada. Con ocasión del Año Eucarístico de nuestra diócesis, repónganse esos reclinatorios.

11.11.4.- Sentados (signo del discípulo que escucha a su maestro): Durante las lecturas del Antiguo y Nuevo Testamento, excepto durante el Evangelio y mientras dure la predicación de la homilía; igualmente, a la hora del ofertorio, durante el tiempo que tarda en repartirse la Sagrada Comunión y durante el tiempo del silencio antes de la oración postcomunión.

11.12.- FORMAS DE COMULGAR.

11.12.1.- Tenemos que extremar las expresiones de amor, respeto, adoración frente al Santísimo Sacramento, en el momento de comulgar. Nos acercamos con total reverencia, sin conversar o reirnos, los ojos fijos en el copón donde se encuentran las hostias consagradas. Al llegar frente a quien nos va a dar la Comunión, juntamos nuestras manos en actitud de devota adoración; con reverencia recibimos en la lengua el Pan de Vida y nos retiramos saboreándolo, para de inmediato comulgarlo (tragarlo) a fin de hacerlo vida nuestra, alimento de vida eterna.

11.12.2.- Aunque no estoy de acuerdo con el gesto de recibir la comunión en la mano, por honradez con los fieles tengo que decirles que eso está también permitido por la Santa Sede a petición de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, con la condición de que se ponga la mano derecha abierta bajo la izquierda también abierta, formando un trono para el amado Señor; el ministro coloca la sagrada hostia en nuestra mano; luego de lo cual, con la mano derecha se la lleva a la boca, cosa que tienen que hacerlo allí mismo, en presencia del sacerdote. De ninguna manera pueden llevar la hostia en sus manos hasta su puesto. Tampoco está permitido que la hostia se pase de mano en mano o se la coja con los dedos del copón ni de las manos del ministro. Los ministros de la comunión deben cerciorarse que así se haga y que se comulgue en su presencia.

11.12.3.- Las normas litúrgicas permiten que fieles laicos o religiosas ayuden al sacerdote a dar la comunión, cuando sean muchos los que comulgan. Estas personas pueden ser ministros laicos, ejercitados para el efecto o, inclusive, fieles a quienes el sacerdote pide en ese momento que ayuden a repartir la sagrada

comunión; en este caso, el sacerdote tenga cuidado al designar a quien le va a ayudar, evitando lo que puede ser escándalo para los fieles, y siempre de entre las personas que a su vez ya hayan recibido la sagrada comunión.

11.13.- GENUFLEXION.

11.13.1.- Se está entrando en la Iglesia una costumbre que me parece muy peligrosa, por las implicaciones ideológicas que puede tener. Se trata de que hay personas que se niegan a hacer genuflexión delante del Santísimo Sacramento. Muchos hay que apenas hacen una inclinación de cabeza al pasar delante del Sagrario o del altar cuando en él están las especies consagradas.

11.13.2.- Es cierto que hubo un maestro de liturgia que nos visitó quien afirmó que la expresión de adoración se realizaba poniéndose de pie. Los textos litúrgicos dicen lo contrario. Pero, aunque nada se dijera allí al respecto, yo me pregunto: en nuestra mentalidad ¿cuál es el gesto que indica adoración, cuál el que indica la máxima reverencia? A mi modo de entender, es el ponerse de rodillas.

11.13.3.- Por tanto, pido a los fieles, a los religiosos y a los sacerdotes que se observen las siguientes normas:

11.13.3.a.- El saludo al Señor Sacramentado, al ingresar a una iglesia debe ser poniéndose de rodillas, e inclinando la cabeza;

11.13.3.b.- Al pasar de un lado a otro de la iglesia, delante del Santísimo Sacramento, hay que hacer genuflexión simple, esto es, con una sola rodilla;

11.13.3.c.- Cuando el Santísimo está expuesto en la custodia o simplemente en el copón, el saludo a Él, o al pasar delante de Él se hace con doble genuflexión, esto es, con las dos rodillas.

11.14.- RESPETO A LOS TEMPLOS.

11.14.1.- El templo es la casa de Dios y puerta del cielo. Grande, por tanto, es su dignidad. Nos corresponde mantener el respeto, el decoro, la reverencia para los lugares que los hombres y la Iglesia han ofrecido a Dios y los han destinado para su culto.

11.14.2.- En el templo debe evitarse todo cuanto pueda manifestar una disminución del respeto al lugar sagrado: conversaciones, risas, chistes. Enséñese a los niños que en la iglesia ni se come ni se chupan helados, caramelos o chiclets.

11.14.3.- Constrúyanse junto a nuestros templos y casas parroquiales aulas donde se imparte la formación catequética, tanto a los padres de familia como a los niños. El hacerlo en la Iglesia contribuye a que se pierda el respeto al templo.

11.14.4.- He visto en algunos lugares una capilla que, quedando junto al altar, con perfecta visibilidad a él, esté separado de la Iglesia por vidrios grandes; dentro debe haber un parlante para que escuchen todo cuanto se dice o se canta en la Iglesia. Allí está bien colocar a las madres de familia que han llevado a sus niños pequeños que lloran o que juegan, sin que interrumpan la acción litúrgica.

11.14.5.- Jamás hemos de rechazar a los niños pequeños que han ido con sus padres a participar de la Santa Misa. Ciertamente que molestan y hasta interrumpen la celebración, especialmente cuando

parecerían haberse puesto de acuerdo para dar un concierto de llanto. Mantengámonos serenos en esos casos; la presencia de esos niños en nuestra liturgia es especialmente importante, porque es entonces cuando ellos van tomando conciencia del fenómeno religioso.

12. CONCLUSION.-

12.1.- Creo firmemente que mi bienamado Jesús está vivo, real, verdadero, sustancial, en el Santísimo Sacramento del Altar. Está todo El: Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, igual que en el cielo. Para quienes tenemos la dicha de creer, el altar donde están las especies sacramentales es verdaderamente un pedacito de cielo, para que lo empecemos a adorar en la tierra a Aquel a quien, sólo por su bondad, adoremos en el Cielo.

12.2.- El Santísimo Sacramento es sólo obra de su amor a nosotros. Por su poder, mediante la intervención de los sacerdotes a quienes el Señor quiso escoger y consagrar, la sustancia del pan y del vino dejan de ser tales, para ceder el puesto a la misma sustancia de Jesús.

12.3.- Jesús permanece en las especies de pan y vino consagrados todo el tiempo que duran esos accidentes sin descomponerse, igual en el altar que en nuestro pecho, en nuestro ser, en nuestra vida.

12.4.- En el altar se pone a prueba nuestra fe, puesto que vemos pan y es Jesús, vemos vino y es la sangre de Jesús. Sí, es El, vivo y glorioso como en el cielo, pero en forma sacramental y misteriosa.

12.5.- Calladamente, como está en la humildad de nuestros altares, al llegar a nuestro ser, realiza su obra salvadora en quienes con fe lo recibimos. El nos evangeliza, si nos dejamos evangelizar. El nos diviniza, si nos dejamos transformar.

12.6.- Yo creo firmemente y adoro con todo mi amor a mi amado Señor Jesús, que ha querido quedarse entre nosotros para darse como alimento espiritual. Si lo comulgo, aunque sea oscuro a causa de mi pecado, me hará enrojecer de amor; si soy frío, me convertirá en ascua ardiente; si soy duro por mi costumbre de ofenderle, me reblandecerá como cera entre sus manos; si me siento cansado y débil, me alimentará y fortalecerá para que tenga valor para caminar por todo el desierto de este mundo, hasta que llegue a adorarlo en el cielo; cielo que no tengo que esperar a morirme para poderlo gozar, porque mi cielo ya está en el altar.

¡Te amo, Jesús adorado. Te adoro, Jesús Sacramentado!!!

ALABADO SEA
EL SANTISIMO SACRAMENTO DEL ALTAR
Y LA SIEMPRE VIRGEN MARIA,
MADRE DE DIOS Y MADRE NUESTRA. AMEN.

DIOCESIS DE LOJA



CARTA PASTORAL

DE

Fr. HUGOLINO CERASUOLO STACEY, OFM.,

OBISPO DE LOJA

Loja, mayo de 2007

**Fr. Hugolino Cerasuolo Stacey, ofm.,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede
Apostólica,
OBISPO DE LOJA**

**Al Rvmo. Cabildo Catedralicio, al Venerable
Clero secular y regular, a las numerosas
Comunidades de Vida Consagrada y a todo el
cristiano pueblo de esta Diócesis,**

PAZ Y BIEN

El 29 de mayo, se cumplen 22 años de cuando fui recibido, bajo un torrencial aguacero, en esta ciudad de la Inmaculada Concepción de Loja, como Pastor de la Diócesis. Como lo dispone el Derecho Canónico, en abril de este año 2007, he presentado la correspondiente renuncia al pastoreo de la Iglesia Particular.

Al finalizar mi pastoreo, he querido escribiros esta Carta Pastoral. Empiezo, como es natural, por mi más cordial saludo y bendición a todos vosotros, al haber cumplido veinte y dos años de Obispo de esta diócesis y cuarenta de Prelado de la Iglesia.

He llegado a tener un vivo afecto para toda la feligresía lojana. Pero, también soy consciente que durante este tiempo se han dado muchos aciertos y errores en mi ministerio episcopal. Aciertos, que son obra de la gracia de Dios y de la invalorable colaboración de todos vosotros; y, errores, que son frutos de mi incapacidad, de mi condición pecadora, de mis múltiples defectos, de los que siempre os he pedido y pediré perdón.

Entre los aciertos quiero pensar en el impulso a las vocaciones sacerdotales, concretizado en los frutos que refiere la Revista publicada, en estos días, por parte de los sacerdotes de la Zona Pastoral de Catamayo (a quienes agradezco con toda mi alma este detalle de gratitud), así como la ampliación de la casa episcopal, la transformación de la catequesis de niños en familiar, los ministerios laicales, los grupos apostólicos laicales: todo ello ha sido reconocido por parte del Gobierno Nacional y de los seccionales, lo mismo que por la sociedad civil lojana.

PREOCUPACIONES:

1. Ahora, permitidme que antes de dejar la Diócesis y la Provincia, os exprese algunos pensamientos y preocupaciones sobre la **situación actual de nuestra Iglesia y en nuestra vida eclesial**. Deseo mantenerme, al mismo tiempo, en el plano de la exhortación que el Papa Pablo VI dirigió a los obispos en su carta pastoral con motivo del quinto aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II:

“Cada obispo ha contraído, en el ámbito de sus diócesis y en virtud de su ministerio, la obligación que recae sobre el colegio episcopal en cuanto prolongación del colegio apostólico, de velar por la incolumidad de la fe y la unidad de la Iglesia”.

Al mismo tiempo me hago eco de las palabras de SS. Benedicto XVI dirigidas a los obispos de Brasil en la catedral de San Pablo, con motivo de la inauguración de la Quinta Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe:

“Es el propio Jesús quien nos enseña que la verdadera vía de salvación consiste en conformar nuestra voluntad a la voluntad de Dios. Los obispos somos convocados para manifestar esa verdad central, pues estamos vinculados directamente a Cristo, Buen Pastor. La misión que nos es confiada, como Maestros de la fe, consiste en recordar, como el mismo Apóstol de los Gentiles escribía, **que nuestro salvador “quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”** (1Tm 2,4-6). **Esta es, y no otra, la finalidad de la Iglesia, la salvación de las almas, una a una.** Por eso el Padre envió a su Hijo, y “como el Padre me envió, también yo os envío” (Jn 20,21). De aquí el **mandato de evangelizar, el deber de predicar la verdad de la fe, la urgencia sacramental, la promesa continuada de la asistencia de Cristo a su Iglesia**”; ejes centrales de esta mi **CARTA PASTORAL**, que como padre y pastor os dirijo.

TESTIGO DE VIDAS EJEMPLARES

2. Ciertamente que podría describir muchos ejemplos alentadores y muchos testimonios de magnífica fidelidad a la fe y de amor a la Iglesia. Si lo hiciera, no diría más que la verdad. No diría más que la verdad, si os describiera el tesón indomable con que muchos sacerdotes aman a sus comunidades y se entregan realmente por ellas, a pesar de que a veces falten éxitos externos, e incluso a pesar de que a veces sean patentes algunos fracasos. Podría hablar de nuestras fieles comunidades religiosas que, a pesar del aumento de las tareas a realizar y la simultánea disminución de sus vocaciones, efectúan perseverantemente su trabajo en la vivencia de sus carismas. Podría hablaros de mis amados laicos que, con inquebrantable y evidente fortaleza de conciencia, animan sus distintos grupos, movimientos y hermanos, y viven la especificidad de su carisma, a pesar de que muchas veces no vean en ello éxito alguno y recaben muy poco o ningún acompañamiento, incluso de parte de sus pastores. También podría hablaros de la abnegada entrega de la vida, en el silencio y en el “anonimato,” de muchas personas e instituciones al servicio de la Iglesia y por amor a ella. En fin, podría extenderme sin proporción, en “aquello y en aquellos que sólo Dios, que sabe en lo secreto, lo premiará”. Si digo que “la simiente crece también en el invierno”, estoy diciendo la pura verdad. Pero todo esto es asunto del Dios misericordioso (cf. Rom 9,16).

DEBERES DEL OBISPO

Ahora permitidme hacer hincapié sobre algo que se ha confiado al obispo en su misión de observar y exhortar.

3. La incolumidad de la fe. Las verdades enseñadas por Jesucristo habrían de mantenerse incólumes a través de los tiempos y habrían de aplicarse auténticamente para orientar a los hombres en su vida. Al “partir Jesucristo al Padre” era indispensable que transmitiese a su Iglesia su “don doctoral”. Y su unión con Él es la medida de la fidelidad a su Misión.

La fidelidad al primado de Dios y de su voluntad, conocida y vivida en comunión con Jesucristo, es el don esencial, que nosotros los obispos y sacerdotes debemos ofrecer a nuestro pueblo” (Populorum progressio 21). El ministerio episcopal nos impele al discernimiento de la voluntad salvífica, en la búsqueda de una pastoral que eduque al Pueblo de Dios a reconocer y acoger los valores trascendentes, en la fidelidad al Señor y al Evangelio.

Ya lo decía el Santo Padre, en su visita al Brasil, “recomenzar desde Cristo en todos los ámbitos de la misión”. Esta es la sustancia, la raíz de la misión episcopal, de la misión de todo bautizado. Es obvio, por tanto que los catequistas, y todos quienes ayuden a la Iglesia en su misión de educar o formar, cualquiera que sea su campo de acción, no sean simples comunicadores de experiencias

de fe, sino que deben ser auténticos transmisores de las verdades reveladas, bajo la guía de su Pastor. No se puede concebir, ni humanamente, ni peor aún a nivel de fe, casos donde los sacerdotes, catequistas, religiosos, religiosas, educadores de las comunidades, de las parroquias, etc., estén comandando acciones que destruyan la unidad y la caridad en la Iglesia.

La Encíclica **“Deus caritas est”** nos recordaba que “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (N. 1). Es necesario, por tanto, encaminar la actividad apostólica como una verdadera misión dentro del rebaño que constituye la Iglesia Católica en comunión y fidelidad al Magisterio.

“En las Iglesias particulares compete al Obispo conservar e interpretar la Palabra de Dios y juzgar con autoridad aquello que está o no de acuerdo con ella” (Congr. para la Doctrina de la Fe, “Instr. sobre la vocación eclesial del teólogo”, n.19). Es verdad que el obispo “podrá llamar a otros como cooperadores o consejeros en el ejercicio del magisterio y delegarles la función de enseñar, ya en casos concretos, ya confiándoles tal oficio” (Pío XII). Los párrocos, los profesores del seminario, los catequistas seglares, etc. ejercen el magisterio de la Iglesia, aunque por delegación. Porque, dirá también Pío XII, “no ejercen en la Iglesia la enseñanza en su nombre propio ni por su ciencia teológica, sino en virtud de la misión que del legítimo magisterio tienen recibida; y su potestad

permanece siempre sometida a éste, sin que nunca jamás llegue a ser *sui iuris*, o independiente de toda autoridad”. No se pueden hacer publicaciones o usar de los Medios de Comunicación Social para “desorientar a los fieles respecto del magisterio o de la comunión con la Iglesia” (Cfr. CIC cánones: 822 a 832).

Permitidme añadir finalmente unas palabras acerca de la incolumidad de la fe: necesitamos una teología buena, una teología sana. Y de la mano de nuestro Santo Padre, la tenemos también hoy. Procuren, los párrocos, hacer que en sus Planes Pastorales conste un conocimiento adecuado de la fe, como está bien sintetizada en el Catecismo de la Iglesia Católica con su Compendio. Así como la educación a las virtudes personales y sociales del cristiano, como también la educación a la responsabilidad social.

LA VIVENCIA SACRAMENTAL

4. La vivencia sacramental, especialmente a través de la Confesión y de la Eucaristía, adquiere aquí una importancia esencial para nuestra vida cristiana.

Insistentemente he manifestado mi desvelo, preocupación y anhelo por asegurar la participación de los fieles en la vida Eucarística y en el Sacramento de la Reconciliación. De aquí mi preocupación y “ocupación” por las Vocaciones Sacerdotales. No se da lo uno sin lo otro. Pues como lo han sostenido nuestros Obispos del Ecuador: “en la Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, que es Cristo, nuestra Pascua, fuente y cumbre de toda la

vida cristiana, y cuya fuerza alienta a la Iglesia desde los inicios” (Instr. De la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos “Redemptionis Sacramentum”)

LA EUCARISTÍA.

“La Eucaristía es, pues, constitutiva del ser y del actuar de la Iglesia” (Exhortación Apostólica “Sacramentum Caritatis”). Es constitutiva, por lo tanto, del ser y actuar del sacerdote, de los fieles, del hombre. Si “la principal manifestación de la Iglesia tiene lugar cada vez que se celebra la Misa” (Instr. Redemptionis Sacramentum), suplico a los sacerdotes que sólo en circunstancias de gravedad o en las determinadas por el Derecho Canónico dejen de celebrar la Eucaristía a los fieles. Es deber de todos velar por la dignidad, coherencia y cuidado de la celebración, particularmente de los sacerdotes quienes presiden “In persona Christi” la Cena del Señor.

Os pido, intensificar y cuidar en cada iglesia, comunidad parroquial, comunidad religiosa, establecimientos educativos católicos, la vivencia y prácticas eucarísticas; entre otras cosas, en lo referente a la preparación próxima y remota tanto de fieles y sacerdotes, la piedad y dignidad de la celebración, el decoro en el vestido de los fieles, particularmente de las mujeres en la participación Eucarística. Sugiero a todos los establecimientos católicos y particularmente las Instituciones Educativas regidas por religiosos, estar en comunión con el párroco de su sector, respecto de la administración de los sacramentos, y atenerse

a lo establecido por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.

Asistir, fomentar y cuidar de los jueves sacerdotales, así como de la loable y hermosa devoción de Las Cuarenta Horas y de los primeros viernes, donde la oración se dirige particularmente a pedir por nuestro Seminario Mayor y por las vocaciones sacerdotales y religiosas en general. Retomar, participar y solemnizar las festividades eucarísticas que la Liturgia nos señala especialmente las que en nuestro pueblo tienen significado muy especial, como es Corpus Christi.

AMASAL

Tuve la iniciativa de dar forma a **AMASAL (Asociación de Madres Sacerdotales de Loja)**. Lastimosamente, hubo despreocupación y hasta oposición para algo que iba a potenciar la oración y la ayuda económica para nuestros seminarios.

RECONCILIACIÓN.

De otra parte, nos refería el Santo Padre en su Exhortación Apostólica Postsinodal “Sacramentum Caritatis” que “el amor a la Eucaristía lleva también a apreciar cada vez más el sacramento de la Reconciliación, por lo que debido a la relación entre estos sacramentos, una auténtica catequesis sobre el sentido de la Eucaristía no puede separarse de la propuesta de un camino penitencial”. Os recuerdo y recomiendo releer lo que a este propósito refirió nuestro

querido Siervo de Dios, Juan Pablo II, en la Exhortación Apostólica Postsinodal "Reconciliatio et Paenitentia", así como el Motu Proprio "Misericordia Dei".

Efectivamente, como se constata en la actualidad, los fieles se encuentran inmersos en una cultura que tiende a borrar el sentido del pecado, favoreciendo una actitud superficial que lleva a olvidar la necesidad de estar en gracia de Dios para acercarse dignamente a la comunión sacramental; una actitud que lleva a vivir una dicotomía entre fe y vida. No es raro encontrar en nuestras iglesias fieles que se acercan a comulgar, estando como están imposibilitados canónica y moralmente para hacerlo: viviendo en unión libre, bajo el mero matrimonio civil, por costumbre, por compromiso social, "para que me vaya bien en mis cosas", etc.

La relación entre Eucaristía y Reconciliación nos recuerda que el pecado nunca es algo exclusivamente individual; siempre comporta también una herida para la comunión eclesial, en la que estamos insertos por el Bautismo. Por esto, la Reconciliación, como dijeron los Padres de la Iglesia es una forma de bautismo trabajoso, subrayando de esta manera que el resultado del camino de conversión supone el restablecimiento de la plena comunión eclesial, expresada al acercarse de nuevo a la Eucaristía. Esto que manifiesta la Iglesia, entre otras riquezas de la vida sacramental auténtica, con una "pedagogía de la conversión" es lo que los fieles tienen derecho a recibir de sus pastores. Así, es cometido pastoral, de la Iglesia, de la diócesis, promover una firme recuperación de esta "pedagogía de la conversión" que nace de la Eucaristía, y fomentar entre

los fieles la confesión frecuente. Ruego, pues, a los sacerdotes se dediquen con generosidad, empeño y competencia a la administración del Sacramento de la Reconciliación. No poner excusas ni "de horario o cansancio" para "ejercer el oficio de la Misericordia divina al cual todos los ordenados nos debemos".

Los sacerdotes deben estar atentos a la celebración del sacramento de la Reconciliación, y conforme lo determina la Santa Madre Iglesia, desterrar la praxis de la absolución general, la que puede hacerlo el sacerdote, gravada su conciencia, exclusivamente en los casos previstos por el Derecho Canónico. La celebración personal la única forma ordinaria. "Las celebraciones penitenciales no sacramentales, mencionadas en el ritual del sacramento de la Reconciliación, pueden ser útiles para aumentar el espíritu de conversión y de comunión en las comunidades cristianas, preparando así los corazones a la celebración del sacramento" (Nota al pie número 62 de la Exhortación Apostólica "Sacramentum Caritatis").

Ruego a todos los sacerdotes que se ofrezcan, colocándose en el confesionario, para oír las confesiones antes de cada misa que vayan a celebrar.

Por favor, cuidad con esmero la atención a los fieles en este Sacramento de la Reconciliación, programad celebraciones comunitarias de la Penitencia, con ocasión de los tiempos litúrgicos o de prácticas de la religiosidad popular: Adviento, Cuaresma, peregrinaciones, primeros viernes del mes, etc. Es necesario que en nuestra Iglesia

diocesana se instaure realmente, se celebre con devoción y se viva intensamente este santo Misterio.

FINALIDAD DE LA IGLESIA

Si la finalidad de la Iglesia, como la ha dicho el Papa, es la salvación de las almas, una a una, en la vivencia, celebración y participación del Sacramento de la Reconciliación y de la Eucaristía está plasmada la realización de este fin. Nos toca a todos hacer visible que esta salvación se da “a tiempo y a destiempo” y es auténtica, eficaz y gratuita. Con esta solicitud y preocupación de todos, estaremos en el camino de lo que los Padres han llamado “la coherencia eucarística”, a la cual está orientada objetivamente nuestra vida.

En efecto, como señala el Papa, “el culto agradable a Dios” nunca es un acto meramente privado, sin consecuencias en nuestras relaciones sociales: al contrario, exige el testimonio público de nuestra fe. Obviamente, esto vale para todos los bautizados, pero tiene importancia particular para quienes, por la posición social o política que ocupan, han de tomar decisiones sobre valores fundamentales, como el respeto y la defensa de la vida humana, desde su concepción hasta su fin natural, la familia fundada en el matrimonio entre hombre y mujer, la libertad de educación de los hijos y la promoción del bien común en todas sus formas. Estos valores no son negociables; así, los políticos y legisladores católicos, conscientes de su grave responsabilidad social, deben sentirse particularmente interpelados por su conciencia, rectamente formada, para presentar y apoyar

leyes inspiradas en los valores fundados en la naturaleza humana”. (cfr. *Sacramentum Caritatis*” N. 83).

Ha sido particularmente doloroso ser testigo del papel que han jugado algunos de nuestros políticos y legisladores, relacionadores públicos, que confesando ser cristianos se han “casado con el poder civil” en detrimento del poder celeste, optando por una cultura “a favor de la muerte”, prestándose para apoyar leyes en menoscabo del ser humano, leyes en contra de la Iglesia. Por citar unos ejemplos, el caso de que han votado a favor de la ley del Aborto; Medios de Comunicación Social que se prestan para atacar y ridiculizar a la Iglesia. Todo esto tiene además una relación objetiva con la Eucaristía. Pues, la misión primera y fundamental que recibimos de los Santos Misterios que celebramos es la de dar testimonio con nuestra vida. Estamos llamados a salir de la dicotomía. Por otra parte, la vivencia y práctica de los sacramentos nos lleva a vivir la vida con un dinamismo nuevo, comprometiéndonos a ser testigos de Cristo, de su amor, testigos de Él, como decían los primeros cristianos: testigos “hasta el don de sí mismos, hasta el martirio”

UNIDAD DE LA IGLESIA.

5. Otro punto de mi develo es la preocupación por la unidad de la Iglesia, la Comunión. La principal razón de ser del magisterio de Pedro y de los apóstoles consiste en su orientación a la unidad de la Iglesia. Las formas y expresiones de esta unidad pueden ser ciertamente diversas, y no queremos combatir apologéticamente en pro del

mantenimiento de determinados modos y formas de esta unidad, que hayan estado condicionadas por la mentalidad de un tiempo. Antes bien, queremos esforzarnos por la consecución de nuevos signos de unidad. Quisiera llamar la atención, no obstante, sobre ciertos peligros de la unidad, y debo dejar en claro que la unidad ha de estar siempre en relación directa a “mi unión, común-unión, con Cristo”; “sometida a la ley de la encarnación” y de la concretización, que casi podríamos llamar física, si es que queremos que esta unidad pueda ser efectiva, experimentable y “causa de adhesión a Cristo, a su Iglesia”, para los alejados.

A muchos de entre nosotros nos preocupa la relación de los sacerdotes entre sí, y no sólo entre las diversas generaciones, sino también entre los diferentes puntos de vistas y “afinidades”. El problema generacional, que siempre ha existido, recibe hoy indudablemente unos trazos más marcados en virtud del abanico de formación, que gracias a Dios y muy a pesar mío se ha dado. Cierto que la formación de nuestros jóvenes hermanos en el sacerdocio no se distingue esencialmente de la nuestra, “las preguntas y promesas del sacerdocio para el cual se han formado siguen siendo las mismas”, pero esta formación está caracterizada por unos condicionamientos diferentes, una exigencia más radical de parte del mundo para con el sacerdote y por una problemática nueva.

SACERDOTES ESCOGIDOS POR DIOS

Queridos hijos, “Mi gloria y mi corona”, recordad siempre que vuestra ordenación no es un galardón motivado por

vuestros méritos. Ha sido Cristo quien os ha llamado (Jn 15, 16); es El quien decide a quien quiere tener junto a sí, quien tiene que recibir la ordenación. Hacerse sacerdote no ha brotado, por lo tanto, de un convencionalismo ni de una intimidación. Se trata de la fundación de una nueva alianza. En ella se asocian Cristo y el ordenado. Es una elección y al mismo tiempo una promesa. La ordenación despliega las fuerzas para desarrollar aquello que ella misma está requiriéndonos. Se ha tratado de un acto liberador de Dios, que confiere nuevas libertades a aquel a quien se proporciona.

En la vida del sacerdote puede haber mucha opresión de fuera y también de “dentro”; pero en lo más íntimo del sacerdocio no hay opresión sino libertad. El sacerdocio es libertad, porque es amor. “El amor de Cristo nos apremia” (2Cor 5, 14). Por eso, queridos hermanos sacerdotes, debéis y podéis vivir en la alegría de vuestro ministerio, alegría de que Aquel os ha llamado “sus amigos”. Consumad vuestro sí con la alegría que transforma vuestra vida y os presenta como “embajadores de Cristo” y no como “profesionales de Él”, testimonio de alegría que se convierte en “común-unión”.

Ya conocéis el dicho antiguo: “Si quieres llevar una vida insoportable como una pesadilla, hazte sacerdote a medias”. La esencia del servicio que se nos ha confiado es la totalidad. Hay que hacer visible y palpable, en este servicio, el hecho de que Cristo es la Cabeza de la Iglesia, de que Cristo es la salvación del mundo mediante el ministerio de la Iglesia, es decir, que la Iglesia y el mundo forman también

una totalidad. Nuestra vida y testimonio está al servicio de esa totalidad.

Por tanto, la totalidad del servicio y ministerio sacerdotales no significa otra cosa que un sí a la totalidad del mensaje cristiano. Nuestro servicio se orienta a la totalidad de la realidad sacramental de la Iglesia. Nuestra Iglesia lojana es también “una sociedad visible”, una Iglesia que va desarrollándose con una tradición y con el lastre de su historia. Muchos elementos de esta totalidad son humanamente imperfectos y necesitan ser completados pero completar no es romper, sino consumir, comulgar.

La totalidad de la Iglesia se refleja en la totalidad de su presbiterio, en la unidad del sacerdote con los demás sacerdotes y en la unidad de todos ellos con su obispo. La unidad, comunión, no excluye la variedad, al contrario, la exige, la supone. Tampoco excluye las nuevas formas de colaboración sacerdotal. Lo que sí excluye es todo aquello que divide y fragmente, excluye “divisor”, excluye todo lo que carece de amor y provoca el escándalo. La unidad del presbiterio es también necesaria en orden al fomento de la unidad del pueblo de Dios. ¿Cómo podría el presbiterio prestar su servicio a la comunión, a la unidad de la comunidad, si él mismo está dividido dentro de él? Indudablemente que la vida religiosa, por su misma razón de ser, hace parte de esta comunión eclesial diocesana.

Quiero plantearos una pregunta: Cuando llegué a la Diócesis encontré cincuenta y dos sacerdotes; a la fecha de la presentación de mi renuncia quedan ciento treinta y

un sacerdotes ordenados, a los que se suman otros incardinados y un grupo considerable de sacerdotes pertenecientes a las comunidades religiosas. Si la orientación de la moral, la fe, costumbres y las virtudes es “tarea” primaria de los sacerdotes, y los primeros llamados a vivir el evangelio radicalmente somos todos los sacerdotes y consagrados, ¿no creen que el alto o bajo nivel moral en la vida de fe y costumbres de nuestros fieles no es responsabilidad exclusiva del obispo? ¿El nivel de la Iglesia lojana está en proporción con el nivel de la calidad del presbiterio lojano? Preguntas que me las hago todos los días ante la tarea que como “su obispo” el Señor me ha confiado.

FRATERNIDAD SACERDOTAL

Tenemos un Padre común en el cielo, un único maestro, el resucitado, y también tenemos una misma plenitud sacerdotal: Ser de Cristo, ser “otro Cristo”. Estos son los “requisitos imprescindibles” de nuestra fraternidad. “Cuanto más estemos unidos a Cristo, la vida, más lo estaremos entre nosotros (los sarmientos). Tenemos que ser hermanos, porque lo somos a semejanza de Cristo y su Iglesia.

Hoy, el mundo “tiene sed más que de Maestros, de testigos”. Hoy no hay mejor prueba de lo que predicamos y queremos que lo que vivimos, y sobre todo nuestra vida en relación con el otro y en el trato de los unos con los otros. “En esto conocerán que sois mis discípulos: en que os amáis los unos a los otros” (Jn 13, 35). Casi se pueden palpar los

efectos de una buena colaboración y un trato realmente fraternal. Lo vemos de parroquia en parroquia y en la vida de toda la comunidad. El trato sincero entre hermanos sacerdotes, la solicitud por el hermano sacerdote enfermo o anciano, en cuanto sacerdotes y en cuanto personas constituye una predicación constante de cara a la comunidad.

Os ruego, hijos: vivid una íntima comunión con Cristo expresada en la comunión entre los hermanos. “La unicidad e indivisibilidad del Cuerpo eucarístico del Señor implica la unicidad de su Cuerpo místico, que es la Iglesia, una e indivisible. Desde el centro eucarístico surge la necesaria apertura de cada comunidad celebrante, de cada Iglesia particular, de cada hermano: del dejarse atraer por los brazos abiertos del Señor se sigue la inserción en su Cuerpo, único e indiviso” (cf. Congr. para la Doctrina de la Fe, Carta *Communio* notio, sobre algunos aspectos de la Iglesia como comunión).

DOLOR POR LOS QUE SE HAN IDO DE NUESTRA IGLESIA.

6. En comunión con nuestro Santo Padre y con la Iglesia universal, sé que “entre los problemas que abruman vuestra solicitud pastoral está, sin duda, la cuestión de los católicos que abandonan la vida eclesial. Juntos llevamos esta cruz y este dolor. Tantos hermanos que se alejan, tantas sectas que invaden nuestra diócesis. Parece claro que la causa principal, entre otras, de este problema, puede ser atribuida a la falta de una evangelización en la que Cristo y su Iglesia

estén en el centro de toda explicación. Es el sentir de la misma Iglesia universal, el sentir de nuestro Santo Padre. Las personas más vulnerables al proselitismo agresivo de las sectas e incapaces de resistir a las embestidas del agnosticismo, del relativismo y del laicismo son generalmente los bautizados no suficientemente evangelizados, fácilmente influenciables porque poseen una fe frágil y, a veces, vacilante e ingenua, aunque conserven una religiosidad innata, una religiosidad natural.

Se trata efectivamente de no ahorrar esfuerzos en la búsqueda de los católicos apartados y de aquellos que poco o nada conocen sobre Jesucristo, a través de una pastoral de acogida que ayude a sentir y experimentar a la Iglesia como lugar privilegiado del encuentro con Dios y mediante un itinerario catequético permanente. Una misión evangelizadora que convoque todas las fuerzas vivas de este inmenso rebaño” (Discurso de SS. Benedicto XVI a los Obispos del Brasil). Téngase presente en este cometido y celo pastoral lo que el la Encíclica “*Deus caritas est*” nos alerta: “La Iglesia no puede descuidar el servicio de la comunidad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra” (N.22).

Os ruego que todos estéis en disponibilidad a esta misión y razón de ser de la Iglesia: la Misión, la evangelización, un itinerario catequético permanente, como ha dicho el Papa. (Cfr. CIC. 757, 762, 773, 776).

CARISMAS EN LAS IGLESIAS

Para esto, los sacerdotes, manifestando la coherencia de su fe, han de animar, apoyar, suscitar, acompañar y respetar a todos los carismas de los grupos, movimientos, asociaciones, comunidades religiosas, Institutos de vida secular, etc., reconocidos por la Iglesia y, por consiguiente, propuestos por su Obispo. Pues, pienso que en todo este abanico de realidades eclesiales, se prodiga la verdad del evangelio; y, llevan su riqueza espiritual, educativa y misionera al corazón de la Iglesia, como preciosa experiencia y propuesta de vida cristiana. Por consiguiente, que los miembros de los grupos apostólicos, movimientos y fieles en general estén en disponibilidad plena a su párroco, quien está interesado y tiene como fin y meta última “la salvación de las almas”. (Cfr. CIC. 759, 774, 781).

VIDA PARROQUIAL.

“Es necesario verificar qué praxis puede efectivamente ayudar mejor a los fieles a poner de relieve su vida eclesial. Se ha de verificar, ver los signos de la fe, la eficacia de los actuales procesos de iniciación, para ayudar cada vez más al cristiano a madurar con la acción educadora de nuestras comunidades, y lleguen a asumir en su vida una impronta auténticamente cristiana, que le haga capaz de dar razón de la propia esperanza de modo adecuado a nuestra época (cf. 1Pe 3, 15)” (cf. Sacramentum Caritatis N.18).

Os pido, venerables párrocos, la solicitud, el celo y el cuidado de vuestra parroquia, teniendo presente que la

“parroquia no es realidad geográfica sino antropológica”. Que no existan párrocos de “fin de semana” o “a distancia”. Que sepan vivir y caminar junto a la grey que se les ha confiado, participando y haciendo suyas “las angustias y tristezas, los gozos y las alegrías de sus hijos”, que por eso lo llaman “padre”. Que de ser posible todos los días esté abierta la iglesia parroquial de manera que los fieles tengan la “alegría de Visitar a Jesús Sacramentado”, retomando esta práctica enraizada en sus ancestros.

VIVIR EN CRISTO.

7. “Vivid lo que predicáis”. Quienes nos decimos cristianos, creemos que llevamos impresa en nosotros la “Imagen de Cristo” y por lo mismo, nos inquietamos por conformar nuestra vida a nuestro credo. De ahí que o somos enamorados de Él o simplemente “no lo somos”, porque nuestra vida y existencia tiene fundamento sólo en “Aquel que Es”. A partir de este principio existencial, “queriendo llevar todas las almas a Cristo” y “porque faltan obreros para tal empeño”, mi preocupación fundamental desde que tomé posesión en esta diócesis, han sido las vocaciones sacerdotales diocesanas (cf. Plan Institucional del Seminario Mayor)

VOCACIONES

“Con oportunidad y sin ella” he luchado hasta el cansancio y las lágrimas por las vocaciones en nuestra Diócesis, reconocida más allá de nuestras fronteras, por la

generosidad y prontitud de sus hijos “al llamado del Señor”. Los frutos, los hechos, dicen más que las palabras, y aunque “las estadísticas no sangran”, “la sangre y la fidelidad del amor misericordioso de Dios” ha hecho fecundo este lugar de la patria para la Iglesia. “Hasta la fecha tenemos en nuestra Diócesis más de 180 sacerdotes: 124 sacerdotes diocesanos y religiosos, de los cuales más de 102 se han ordenado en mi administración. La mayoría de los sacerdotes proceden del Seminario Mayor Reina del Cisne..Hay un considerable número de sacerdotes que se encuentran fuera de la Diócesis, ya estudiando ya trabajando. No puedo ocultar mi dolor por algunos de mis hijos “que han dejado la casa paterna” (cf. Revista “Diócesis de Loja, 22 años de servicio de Mons. Hugolino”).

El sacerdote no predica una fe en sí misma. No puede predicar con independencia de su propia vida personal. Es al mismo tiempo un hombre que se ha visto especialmente elegido por Cristo, alguien que ha sido llamado de forma particular a su servicio, que lleva su Imagen y que recibe de Él su obrar. Vive de las promesas del Señor y puede confiar plenamente en Él. A él se le encomienda “Id y anunciad... lo que habéis visto y oído” (Lc. 7, 22), “llevando siempre en su cuerpo el morir de Jesús”. Quien tiene esto lo comunica y lo contagia, de ahí surge la primera llamada a la vida sacerdotal.

Pero, “incumbe a toda la comunidad cristiana el deber de fomentar las vocaciones, para que se provea suficientemente a las necesidades del ministerio sagrado

en la Iglesia entera; especialmente, este deber obliga a las familias cristianas, a los educadores y de manera peculiar a los sacerdotes, sobre todo a los párrocos” (CIC 233 §1). De esto se desprende la urgencia de mi llamado a “trabajar por las vocaciones sacerdotales y misioneras, a la vida sacerdotal y religiosa”.

Quisiera rogaros que celebréis en las parroquias la Eucaristía, semanal o mensual, por las Vocaciones sacerdotales, así como cuidad de aprovechar el piadoso ejercicio de “Las Cuarenta Horas” y de los Primeros Viernes, también en pos de este propósito. Solicito que cada párroco anime, descubra y potencie las vocaciones en su zona y, en coordinación con el Seminario Mayor – quien está a cargo de la Promoción Vocacional de la Diócesis–, rector, formadores, haga el seguimiento de los posibles candidatos que se descubran. Ruego mayor solicitud por parte de todos en esta labor, que dice directamente de nuestra razón de ser de sacerdotes, consagrados, cristianos.

“También las asociaciones y los movimientos juveniles, signo y confirmación de la vitalidad que el Espíritu asegura a la Iglesia, pueden y deben contribuir a detectar y formar a los futuros aspirantes al sacerdocio” (cf. PDV 68). Es hermoso ver en estos grupos apostólicos a jóvenes que, como fruto del carisma de su realidad eclesial, han experimentado el llamado de Dios. Os pido no caer en la tentación de “hacer de la promoción vocacional algo parecido a un proselitismo sectario”.

SEMINARIO MAYOR

Por favor, comunicaos con el Seminario Mayor para apoyar y coordinar esta tarea que es de toda la Iglesia. Organizad en cada parroquia campañas de oración, de ayuda económica, detectar a personas e Instituciones que deseen apoyar directamente a esta obra y facilitarles información para que acudan al Seminario Mayor. Es de desear que los sacerdotes que reciban alguna colaboración económica a este propósito sepan destinar esos bienes para tal fin. Son laudables los hechos, casi aislados, de sacerdotes que ayudan personalmente a jóvenes que han iniciado sus procesos vocacionales y que incluso, me atrevo a decir, con satisfacción han visto “ordenarse a sus ahijados”.

El Seminario Mayor, cuidando los cuatro ejes de la Formación dados por la Santa Madre Iglesia (Intelectual, Espiritual, Pastoral y Comunitario), actualmente cuenta con 46 seminaristas internos de esta Diócesis. También estudian allí alrededor de 20 seminaristas externos de dos comunidades religiosas. Os exhorto a que vayáis a celebrar la Eucaristía los días jueves sacerdotales, o cuando vuestro tiempo y ocupaciones lo ameriten. Podéis ir a descansar, orar, estudiar, jugar, comer, fraternizar con vuestros “futuros hermanos sacerdotes” y colaborad así en la formación de nuestros presbíteros, como ya lo vienen realizando algunos de nuestros presbíteros.

Fomentad entre vuestros fieles la relación con el Seminario Mayor. El Seminario goza de amplias y cómodas instalaciones que se prestan incluso para retiros,

conferencias, juegos etc. Comunicaos con el P. Rector, con los formadores, para organizar cualquier actividad. Agradezco a los sacerdotes que en sus parroquias han colaborado con la recolección de algunos víveres para nuestro Seminario, así como quienes han solicitado la colaboración de los Seminaristas y Padres formadores del Seminario en tiempos considerados “fuertes” por la Liturgia, o actividades pastorales ordinarias en sus parroquias. Mención especial de gratitud merecen los laicos de la ciudad y país, los grupos apostólicos, que hacen parte de la tarea formativa, como todo bautizado, de nuestros seminaristas; de igual forma, los bienhechores tanto de España, Alemania e Italia, sin los cuales no podríamos gozar de lo que físicamente allí tenemos. Es mi deber hacer especial mención del Sacerdote D. Pablo Suárez, quien con inmenso sacrificio ha conseguido múltiples ayudas económicas para el sostenimiento de nuestros seminarios.

NUESTRA BENDITA MADRE DEL CIELO

8. Finalizando mi CARTA PASTORAL, mis reflexiones y atenciones son para la “esencia de la Iglesia” (cf. Sacramentum Caritatis), la “esencia del pastoreo de esta Diócesis” (Homilía en el Santuario de El Cisne, 30 de Mayo 1985). “Mi amada, dulcísima Reina y Señora Mía, Ntra. Sra. del Cisne”. Tan “sólo nombrarla suspiro y de invocarla mi corazón quiere estallar”. “Mi Reina y Señora” sabe que no soy poeta sino su torpe hijo consentido que sólo lágrimas le ha costado. Pero mi “consuelo y esperanza” han consistido en que he encontrado en su amor maternal mi propia salvación y el bien de esta diócesis.

Como les consta a todos, “de mano” de nuestra Buena Madre inicié la administración de esta diócesis, y ahora al cumplir estos veinte y dos años, me doy cuenta que Ella me ha defendido en su regazo. Ha sido verdad que Ella realmente se ha constituido en la Pastora de la Diócesis y hemos visto en Ella, “el icono más logrado de la Eucaristía” (cf. Carta enc. Ecclesia de Eucaristía). Reconozco y agradezco a todos los sacerdotes, fieles e Instituciones que durante estos años se han donado incondicionalmente a este empeño de “marianizar a la Diócesis”, para llevar a todos “por María a Cristo”. Con alegría podemos decir que los fieles, de todas partes del país y del mundo, son los depositarios y testigos de la tenaz obra de evangelización que hace más de 400 años se emprendió en nuestro pueblo.

El amor a “mi madre Santísima”, como la llamo familiarmente, se ha expresado elevando a categoría de Santuarios Diocesanos a los templos que tienen como principal patrona a nuestra Madre, la preocupación por la solemnidad de las celebraciones especiales: IV Centenario de la devoción a la Virgen del Cisne, las Bodas de Diamante de su Coronación Canónica y su presencia anual en la ciudad de Loja. La vivencia personal de la devoción mariana rezando e inculcando el rezo diario del Sto. Rosario, así como la potencialización y evangelización de todas las manifestaciones de religiosidad popular mariana de nuestro pueblo: mes de Mayo, consagraciones a nuestra Madre, etc.

Teniendo presente la experiencia y el testimonio de estos años, así como las recomendaciones de la Iglesia en la voz

del Magisterio, de la Stma. Virgen debemos aprender a convertirnos en personas eucarísticas y eclesiales para poder presentarnos también nosotros, según la expresión de San Pablo, “inmaculados” ante el Señor, tal como Él nos ha querido desde el principio (cf. “Sacramentum Caritas n.96). Ruego, exhorto y animo a que se cuide y continúe evangelizando solícitamente la devoción mariana de nuestro pueblo y de los fieles.

Los Santuarios Diocesanos se han de destacar por el cuidado del amor, culto y devoción a nuestra Madre. Estos, deberán constituirse en pioneros y ejemplos de fe y devoción a la Stma. Virgen. Os suplico: Retomad en las familias católicas el rezo diario del Santo Rosario en familia; y, en la devoción personal, la invocación constante a María, piadosa práctica por la cual muchos santos y fieles se han visto librados de “las asechanzas del enemigo”. Qué bueno fuera que se reviviera la práctica del rezo del Rosario de la Aurora, si es posible, todos los sábados, o al menos los primeros sábados de cada mes y de todos los sábados del mes de mayo en todas las parroquias y lugares de culto público.

Que los párrocos, en sus Planes Pastorales, pusieran mucho énfasis y cuidado en lo que respecta a la vivencia de la vida mariana en sus parroquias, en sus fieles. A nivel de formación permanente no olvidar el “tema Mariano” como algo fundamental de nuestra espiritualidad diocesana. Que todos los sacerdotes se muestren disponibles a colaborar con la atención pastoral, especialmente en la atención en el sacramento de la Reconciliación en el Santuario del Cisne, y en las fechas en las que el P. Rector solicite.

INVITACIÓN A REFLEXIONAR

9. Amadísimos hermanos, ante todo lo expresado en esta Carta debería haber un canto de alabanza por la obras del Espíritu Santo en su Iglesia lojana. Pero antes he tenido que hacer lo que corresponde a un obispo: ver, pasar por alto algunas cosas y exhortar. Quiero no obstante revelar, a manera de auto examen, ante Dios y ante vosotros, que como obispo, no he tenido vida privada. No he tenido intereses personales. He buscado identificarme con la Diócesis con la que me he desposado. He buscado salvarme pastoreando debidamente mi grey. He buscado santificarme, preocupándome y procurando por todos los medios la santificación de mis fieles.

Mientras vosotros habéis atendido vuestro hogar, vuestra profesión y habéis podido tener vuestra vida privada y hasta quizá os habéis desentendido de los problemas de vuestra alma, tened presente que ha habido una persona que durante todo este tiempo ha tenido por "oficio" velar por sus almas, ocuparse de vuestra vida espiritual, estar en un clima de perpetua angustia pensando en vuestra salvación, renunciar a las satisfacciones más íntimas para entregarse a vosotros, orar continuamente al Señor por aquellos mismos que olvidan la oración Y el obispo, que es hombre como los demás y siente también sus propios problemas, se olvidará de todo lo suyo por los otros y aún ha de estar dispuesto, por razón de su cargo, a dar la vida por sus ovejas, sin que crea que ha hecho demasiado y sin que pueda exigir la gratitud de sus hijos por su oblación total. Al aceptar el

episcopado se ha clavado con Cristo en la cruz. Se ha convertido, en Cristo, en redentor.

Esta es la grandeza del obispo y éste es, al mismo tiempo, el drama del hombre en el que se encarna el episcopado. Esta ha sido mi corona y mi cruz. De aquí se desprende que el cambio de un obispo no puede producir una crisis en la Iglesia, "el uno y el otro" vienen de Jesucristo. Al que se desposa con la Diócesis se le pedirá cuentas de su gestión. En cuanto a mí, no me preocupa el juicio de la historia sino el juicio de Dios

Los hombres no ven más que la parte externa de la vida episcopal. Los honores que recibe, la dignidad que posee, la veneración que le tributan sus fieles. Y muchos envidian a los obispos por esa gloria que rodea a su persona. Con San Felipe Neri quiero deciros "qué vanidad: es vanidad todo eso, es vanidad, sé bueno si puedes, esa es la felicidad". No miran los hombres el sacrificio interior. Por algo la Iglesia nos hace llevar siempre una cruz sobre el pecho, que, aunque fuera de oro alguna vez, no deja de ser cruz. Es el símbolo exacto la vida del Pastor. Si os escribo esto es para que os alegréis conmigo por la alegría de "descansar tras el deber cumplido".

Contra todo lo que se ha dicho de mi persona, me voy más pobre de cuando vine. Es ahora cuando voy a ser testigo de la providencia de Dios.

COLOFÓN

Permítanseme dos apuntes finales:

a) A nuestro seráfico Padre el Señor le reveló “restaurar la Iglesia” ¡En qué agonía, dicho humanamente, se encontraba la Iglesia en tiempos de nuestro Padre! Un “pobre” la supo renovar. ¿Cómo? Per modum crucis. Los brazos del crucificado no se ven hoy rendidos, al cumplir mis veinte y dos años de pastoreo, ni mucho menos. ¿No se nos llama hoy maravillosamente, como en tiempos de nuestro seráfico Padre, para que contribuyamos a la renovación de la Iglesia mediante la cruz vencedora de nuestro Señor? ¡Caminad, hijos míos queridos, muy amados, mi gozo y mi corona, caminad bajo esta cruz a través del nuevo tiempo que Dios nos marca!

b) Termino parafraseando el último número de la Encíclica “Deus caritas est”: “La palabra del Crucificado al discípulo “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19, 27), se hace de nuevo verdadera en cada generación. María se ha convertido efectivamente en Madre de todos los creyentes. A su bondad materna, así como a su pureza y belleza virginal, se dirigen los hombres de todos los tiempos y de todas partes del mundo en sus necesidades y esperanzas, en sus alegrías y

contratiempos, en su soledad y en su convivencia. Y siempre experimentan el don de su bondad; experimentan el amor inagotable que derrama desde lo más profundo de su corazón. María, la Virgen, la Madre, nos enseña qué es el amor y dónde tiene su origen, su fuerza siempre nueva”. A Ella he confiado la Iglesia lojana, su misión al servicio del amor. A Ella os he confiado y confiaré siempre.

PAZ Y BIEN

**+ Fray Hugolino Cerasuolo Stacey, ofm.
OBISPO DE LOJA**